

ORFEO



REVISTA DE POESIA Y TEORIA POETICA
21-22

PIERRE REVERDY

EL SOÑADOR A TRAVES DE LAS MURALLAS

Desde el momento en que sueño al dormir, me es imposible olvidar que existo, que un día ya no existiré. Pero, por entre los dos batientes desiguales de esta puerta abierta al vacío, yo puedo huir, ganar el otro lado del muro, para explorar los campos ilimitados del sueño, que es la forma particular que mi espíritu da a la realidad.

Por lo demás, lo que llamo sueño no es esa inconsciencia total o parcial, esa especie de coma que se tiene por costumbre designar con este término, y en la cual parece que se debiera disolver, por algunos instantes, el pensamiento.

Por el contrario, doy este nombre al estado en el cual la consciencia alcanza su más alto grado de percepción. La imaginación, libre de todo control restrictivo, la extensión sin límites convenidos del pensamiento, la liberación del ser más allá de su cuerpo indefendible, la única existencia verdaderamente noble del hombre, la más desinteresada efusión de su sensibilidad.

Por el pensamiento los hombres se unen, por el sueño el hombre encuentra siempre el medio de aislarse.

No pienso que el sueño sea estrictamente lo contrario del pensamiento. Lo que conozco de él me inclina a creer que es, en resumidas cuentas, una forma más libre, más abandonada. El sueño y el pensamiento son cada cual el lado diferente de una misma cosa, el revés y el derecho. El sueño constituye el lado en el que la trama es más rica pero más floja; el pensamiento, aquel en que la trama es más sobria pero más apretada.

Cuando la imaginación se enfía, se ajusta, se delimita y se precisa, el lado del sueño gira y aparece el del pensamiento. Sin embargo, el uno y el otro tienen sus características, no se puede confundirlos, ni radicalmente separarlos.

El pensamiento tiene necesidad para progresar en el espíritu de preciarse en palabras. El sueño se desarrolla en imágenes, se extiende y no necesita de ningún esfuerzo para desenvolverse. El pensamiento, sin la ayuda de las palabras, no avanza. Forzosamente disciplinado, sigue su curso y exige una tensión para extenderse, una concentración de todas las fuerzas intelectuales disponibles. Pero él devuelve al espíritu las fuerzas prestadas por éste — él es un sano ejercicio. El sueño, por el contrario, lo agota: es un ejercicio peligroso.

Es preciso tener innato el poder del sueño. Se educa, se refuerza en sí el del pensamiento. Mas, si se trata de la poesía, ¿dónde iremos a buscar su preciosa y rara materia, si no es en los bordes vertiginosos del precipicio?

¿No es que nos interesa más el feliz éxito de un arreglo convenido, más o menos ingenioso, de las palabras o de los ecos profundos y misteriosos, venidos quien sabe de dónde, y que se animan en el fondo del abismo?

El sueño del poeta es la inmensa red de innumerables mallas que draga sin esperanzas las aguas profundas en busca de un problemático tesoro.

No sé si el surrealismo debe ser considerado como un simple dictado automático del pensamiento. En cuanto a mí, pierdo la consciencia de ese dictado desde el instante en que tiene lugar y, además, no sé ni siquiera de dónde proviene.

Mi pensamiento no medita, puesto que es él mismo esa función del espíritu que tiene necesidad, para corporeizarse, de precisarse en palabras, de organizarse en frases.

Pero lo característico suyo es su exigencia a un encadenamiento (lógico) y su necesidad, para satisfacerse, de una conclusión. Si yo lo trato a la manera del sueño, en vez de prosperar como él, mi pensamiento se atasca, se detiene y muere.

Si yo **pensara** al escribir un poema, como estoy obligado a hacerlo (aunque sea muy débilmente) al escribir un artículo, dicho poema tendría, por lo menos, una conclusión. Habría entre sus partes un encadenamiento sometido a las reglas ordinarias del razonamiento. Se sentiría, por muy oscura que fuese, la voluntad de decir algo a alguien. Aunque no fuera más que esta idea: "Os probé que soy fríamente capaz de componer un poema. Conozco mejor que nadie la belleza". Admiro bastante ese género de maestría, pero lo admiro en frío. Está lejos de ser mi fuerte. Y me sucede que aprecio mejor las ideas de un hombre capaz de tales ejercicios, que estos ejercicios mismos.

El poeta se encuentra en una posición siempre difícil, y a menudo peligrosa, en la interpretación de los planos con filos cruelmente acerados, el del sueño y el de la realidad. Prisionero de las apariencias — estrechado en ese mundo, por lo demás puramente imaginario, con el que se conforma la mayoría de los seres —, franquea su obstáculo para alcanzar lo absoluto y lo real; ahí su espíritu se mueve con soltura. Es hasta ahí que es preciso seguirle, pues él no es ese cuerpo oscuro, tímido y despreciado con el cual tropezais distraídamente en la acera — éste pasará como todas las cosas — sino esos poemas, fuera de la forma de libro, esos cristales depositados después del efervescente contacto del espíritu con la realidad.

Y la realidad profunda — lo real — es aquella que sólo el espíritu es capaz de asir, de desprender, de moldear, todo lo que en todo, y comprendida en esto la materia, obedece a su sollicitación, acepta su dominio, evita, esquivo la empresa engañosa de los sentidos. Donde los sentidos son soberanos, la realidad se borra, se desvanece. El naturalismo es un ejemplo de esta sumisión a la realidad sensible. Y ya sabemos lo que resultó. Pues no se trata de hacer verdad: lo verdadero de hoy es lo falso de mañana. Es así porque los poetas no han tenido nunca la preocupación de lo verdadero, sino que siempre, en suma, de lo real. Ahora, cuidado, las palabras pertenecen a todo el mundo, estais obligados a hacer con las palabras aquello que nadie ha hecho.

No me encuentro, por añadidura, en busca de una forma cualquiera. No conozco la que me agradaría revestir.

Si conociera una forma disponible, acaso no tendría el valor de desarrollar el menor esfuerzo para alcanzarla.

Creo que el poeta debe buscar en todas partes, y en sí mismo, la verdadera substancia poética, y es esta substancia impuesta la única forma que le sea necesaria.

Pero lo que absorbo más que cualquier otro detalle del problema es la identidad del destino poético y del destino humano — este camino incierto y precario por el vacío —, aspirado hacia arriba, atraído hacia abajo, con el espanto apenas contenido por una caída sin nombre y la esperanza no firme aún de un fin o de un eterno recomienzo en el deslumbramiento sin torbellinos de la luz.

Pierre Reverdy